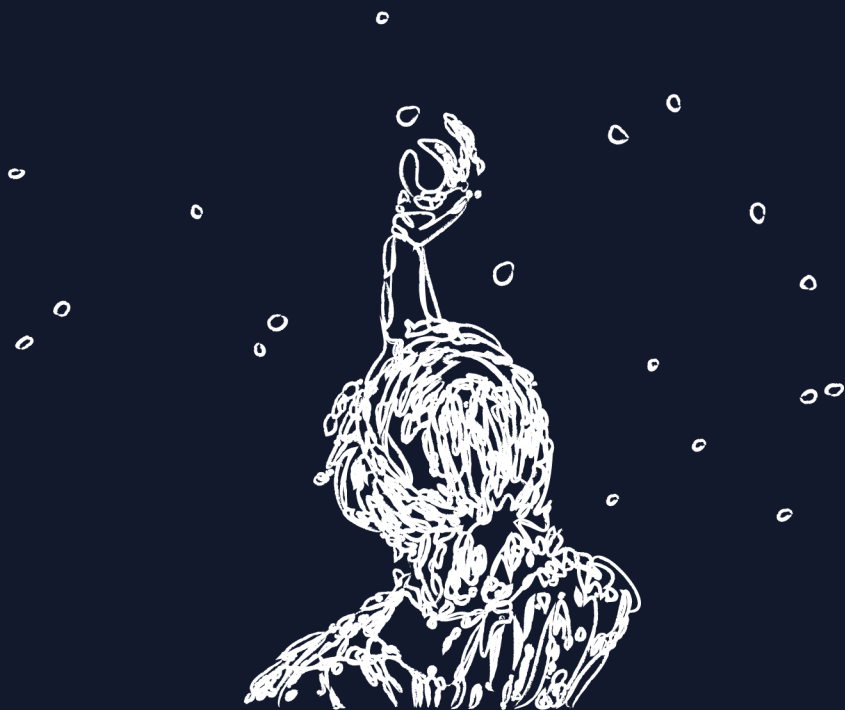


Daniel Acevedo Arango

La constelación perdida

· antología personal ·

· Colección Yarumo · 13 · Poetas Antioqueños ·



Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña

Ganador de la Convocatoria de Estímulos 2020

Unidos por la Cultura

Modalidad: El Almacén de las Palabras

La Constelación Perdida

· antología personal ·

ISBN 978-958-49-0932-9

©Daniel Acevedo Arango
©Nuevas Voces Editores

Editor: Camilo Restrepo Monsalve
Diseño de carátulas: Manuela Salinas Sierra
Diagramación: Camilo Restrepo Monsalve
Desarrollo de la aplicación PoetApp: Juan Felipe López

La presente plaquette se realiza con autorización del autor, su fin es divulgativo, pertenece a la Colección Yarumo de PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña. Descarga la aplicación PoetApp en el AppStore y disfruta de su versión electrónica.

Proyecto apoyado por el Instituto de Cultura y Patrimonio de la Gobernación de Antioquia, a través de la convocatoria de estímulos 2020, Unidos por la Cultura, Modalidad: El almacén de las palabras.

Daniel Acevedo Arando

La Constelación Perdida

· antología personal ·



Colección Yarumo

PoetApp: biblioteca portátil de poesía antioqueña

Nuevas Voces Editores

El mago

He abierto la puerta agrietada de la casa. He caminado por sus tierras habitadas por muebles, ventanas, retratos y murciélagos. He encontrado dos liebres y un sombrero negro que creía perdido. Solía jugar con él los viernes en la tarde, cuando sacaba una iguana de sus fauces, la colgaba sobre mis hombros y su lengua pintaba lienzos babosos sobre mi piel.

Ejecutaba un par de venias torpes. Mis primos aplaudían con una sonrisa de oreja a oreja. Ya no era un mago, las cartas de póker desaparecían, y yo, incauto, era un camaleón. Detrás de la cortina se escondían los durmientes, yo me vestía con sus sueños y adquiría ese color de selva y tempestad.

El acto final era increíble: parado en la cornisa levantaba las manos. Creo que tan sólo había diecisiete centímetros entre la luna y mis pequeñas uñas. En un extremo estaba la luz opaca de un astro marchito, en el otro mis pies que, como raíces, se aferraban a una tierra desconocida. Les decía a mis primos que pronto estaría listo. No deseaba volar, deseaba tener el cuerpo del viento. Acariciar la piel de un planeta sin sombras. Les pedí que por un instante cerraran los ojos y pude capturar una estrella en un pequeño frasco. Se agitó un par de veces y sus alas diminutas reposaron sobre el vidrio. Se rindió ante la imposibilidad del retorno.

Era mi último regalo.

Algún ángel debió llorar ese día.

De: *La memoria ausente*

Debo ir

Fueron tan solo dos campanadas bajo mi lengua las que despertaron tu deseo. “Tengo que ir a misa” predicabas mientras el agua recorría nuestros cuerpos desnudos. “Tengo que ir a misa” repetías dubitativa sin saber que ya estabas en el territorio sagrado de la lluvia. Tus manos y mis manos juntas en un rezo. Mi lengua recorriendo tu cuello en busca de los puntos sonoros. No hay salida. Las rodillas se doblan. Hay un cantico: un espejo de agua en la piel del silencio. Irrumpe el esbozo de un gemido que no alcanza a ser un eco.

Tengo que ir a...

Tengo que...

Tengo...

La marea ha subido y las olas ya llegan hasta tus labios. Un dedo se posa sobre la tierra resquebrajada. Y yo soy tan solo un fantasma, un hombre que aparece cada 2557 minutos, para calentar tus piernas heladas. Mi juego es retirarme, cerrar la puerta y dejar el temblor propio del sacrificio a un dios sin nombre.

De: *La memoria ausente*

Los ladrones de moras

¿Quieres moras? Dices incauta, mientras sujetas en tus manos un par de frutos rojizos. ¿Quieres moras? Repites, pero yo no atino a responder, me pierdo en tu cabello-oceano, que se riega rebelde por las enredaderas y las raíces. Tenía la impresión de que allí, en tu palma, crecía un brote del enigma del mundo. Y que, aquel secreto profano, me era compartido, ante el testimonio silencioso de los pinos y los robles. Abro la mano para recibir, pero un par de estalagmitas caen, mi piel se astilla y una mora deja allí su marca de sangre. El ojo se abre y un parpado cansado habita en los pliegues de la mano. El sabor del bosque llega a los labios y las moras son los vestigios de una civilización de duendes sin rostro.

Pon tus dedos sobre la corteza y escucha la lengua de las mariposas. Hay historias guardadas tras las ventanas que vigila el azulejo y el candado se rompe con el canto de la noche. No te dejes engañar de los hongos, dices, son astutos y crecen hasta que su sombra cae lentamente con la brisa, como una hoja de otoño. Algo de musgo crece sobre las piernas y, poco a poco, somos parte del paisaje, nos confundimos con sus cuerpos antiguos. Las hojas de los robles abren sus ventanas y el bosque deviene luz, concentrada en un espacio donde confluyen las líneas de tu rostro.

De: *La memoria ausente*

La marca

Algo lame los bordes del silencio. Algo estalla en medio de la ciudad de cristal. La mano incrustada en el vidrio. La melodía infame de los grillos. Un rayo bajo la piel agita los árboles del dolor. “Soy de arcilla”, gritas mientras la sangre chorrea por los costados. “Necesito un nuevo molde”, reafirmas indecente cuando se extingue el eco de la voz.

La herida es un campo de trigo. Los nervios los girasoles que crecen alrededor. El campo está maldito: tiene la marca de los labios de un látigo, tiene la siembra bermeja. El llanto es la consecuencia del mausoleo que asciende sobre la mano sin vida. La sangre se seca y forma el sendero de un ermitaño. Los ojos evitan mirar el cadáver del movimiento. Y tan sólo necesitas veintisiete segundos para que un lamento ya no respire y sea aquel verso que el niño olvida, que añora en las noches antes de dormir.

“Tendrás esa marca para siempre”, decían cuando tan sólo unos minutos antes jugabas al fútbol. “Tendrás esa marca, no mires, no reclames, no hables”. No obstante, haces conciencia: es la marca arcana de las palabras. La insignia de un hombre compuesto de besos de cangrejo y plumas de avestruz. Ante su mano que se asoma se anuncia el conjuro, un aleteo inquieto, entre el bolígrafo y el papel.

La marca permanece, pero el poeta ya no es un pequeño dios.

De: *La memoria ausente*

Un sol en la garganta

Me he sentado en la mesa de cristal. Mi mano derecha sujeta un tenedor que intenta capturar el filo de una llama. El crustáceo se agita nervioso. Sabe que ha terminado el baile y que todo el océano puede caber en un vaso plateado. La brisa deposita una hoja de palma en la punta de mis pies. Es una advertencia. El tenedor se clava en la carne del crustáceo, sus puntas traspasan los órganos invisibles. Y un lamento que es más un silencio, irrumpe en forma de salsa de coco. El camarón es llevado a la boca y las cavernas del tiempo difunden sus ecos oscuros. Hay un sabor antiguo, el de un templo profanado, que se implanta en la lengua.

La cicuta es un pastel de manzana cuando se piensa en el invertebrado que cruza la garganta. Allí, con once años, me sentí ligeramente abandonado. Adentro, en mi esófago un sol agonizaba entre lánguidas protestas. Y por un instante no era el crustáceo quién se sacudía bajo los pliegues de mi traquea, sino yo quien habitaba en su cuerpo de sal y agua. Era mi propio infierno personal, no más grande que una canica de plata o una perla de la realeza. El veneno estaba adentro y adquiriría el color de una sirena varada en la playa, vieja y decrepita.

Vomitó. Vomitó el excremento de ballenas, vomité lo inconmensurable, vomité para vivir un día más, vomité jazmines y camelias.

Vomitó el pequeño camarón. Ya no se sacudía. Lo sabía todo de mí. Pero ahora sus bigotes alimentarían la tierra.

De: *La memoria ausente*

La Habana

El sol es un solitario naufrago
que se mira por última vez al espejo
de superficie ondulada

Inmerso en el contorno ancestral
de las gaviotas
abre los ojos
y atrapa en su mirada
las ruinas de un tambor

La canción de la sirena
que sedujo a Ulises
Es tocada por los dedos
de un océano insondable
al chocar contra las piedras

El infranqueable malecón
se convierte en un piano
y las olas son las notas
de un intenso blues

Los últimos testigos del milagro
son los pescadores de gorra rosada
que entre cigarro y cigarro
hilan sus cuerdas de nylon
con la intimidad del mar

Un parpado se cierra en el horizonte
La Habana es música
con sol o sin él.

De: *La memoria ausente*

La caja

En los albores del nacimiento
El niño dormía en un edredón de seda
Oculto en una caja
caída de una constelación

La caja crece y crece
se abren sus ventanas
La luz entra por sus ojos de vidrio
Y acaricia con sus brazos
La media luna de piel

La lluvia, afuera,
No entra, no sale
Pero su música permanece
Bajo las cobijas
De una pareja que
Inmersa en una danza de susurros
acaba de hacer el amor

Dicen que afuera se riega la vida
Por los ríos, las montañas y las alcantarillas
El cuarto es el último refugio
Donde el hombre se mira al espejo
Y descubre el rastro silencioso
del crimen del demiurgo
la luz dispersa de una estrella rota

que entre parpadeos
colapsó.

No salir es la consigna
El cuarto es también el mausoleo
Donde se pierden los latidos.

La caja se cerrará algún día
con los rastros de polvo
Quedará atrapada
entre las piernas de la tierra
Prisionera del eco telúrico
De la cama donde duerme Dios.

De: *La memoria ausente*

La luz imposible

Te he visto de nuevo, sonámbulo, con tus ojos grandes y tu torpe sonrisa, en la mano derecha una pluma de lechuzas, en la izquierda una libreta gris. En un sobre de tinta arbórea, escribías tu deseo y me saludabas tímida, con el respeto que se tiene a los relámpagos. Hablabas de entes de luz que, entre parpadeos de silencio, habitaban tus noches. Pero yo solo pensaba en tus labios, que eran la luz imposible que no alcanzaba mi cuarto. ¿Quiénes eran estos visitantes? Ángeles sin alas, delgados, con ojos ámbar profundo sobre dos cuencas dislocadas. Venían las palabras, hablaban de una luz, travestida de esperanza, pero que no era más que la articulación de dos espejos que danzan en una lejana habitación del sur.

De repente ya no me considerabas un igual. Me viste como el niño que era, como el poeta inconcluso que se pierde por los senderos de los pliegues de tu falda. Y las excusas tejieron la muralla, tu mano derecha hizo el gesto de la despedida y un pueblo entero se hundió en las profundidades de un cuerpo para no volver. La luz ya no llega aquí. Tampoco allá. Los iluminados se han ido y, egoístas, guardan su luz en un farol azul. Cuelga, de una rama de un árbol chamizo, que se sujeta, débilmente, de un acantilado y, ante la amenaza del menor soplo del viento, deja ligeros puntos dorados.

Es el último manifiesto de una luz sin voz.

De: *La memoria ausente*

La memoria ausente

A Alejandro Gutiérrez Estrada

Bajo la tumba de aquel poeta
habitan el bosque, el río y la montaña
cuatro suspiros, la sombra de un deseo
y un colibrí
que por las noches se viste de luciérnaga

El silencio es el visitante anhelado
en el concilio de cuervos y zopilotes
La palabra persiste
no sólo en la gruesa lápida
o en las tarjetas de pésame
sino en aquella ineludible
canción del viento

A su lado la mujer,
aquella que nunca tuvo sombra
mantiene el enigma tras sus huesos
La escritura de su rostro
fue un imposible
para el caminante de boina negra
y sus paisajes sonoros

No hay flores en la tumba del poeta
le desagradaban sus colores obtusos

Mejor la tinta, la lluvia y el ciprés,
el marchito pétalo y la lágrima no nacida
los ecos intermitentes del olvido

Hay un verso que irrumpe
a menudo
como una espada en mi pensamiento
“Soy la aguja que no cruzó el camello”
el espejo que quisiera no mirar
Y que desaparecerá bajo las dunas
de la urbe del valle
para no volver nunca más

De: *La memoria ausente*

Medellín

Dos lienzos negros
Se levantan incólumes
En los solitarios muros
Del museo de la barbarie

Las paredes permanecen vacías
Reclaman color, arte y vida
al pincel tímido que se esconde
en el agujero de un fusil.

Los hombres dormitan
entre las hojas marchitas
de un guayacán caído
Un par de zapatos rojizos
son llevados por el viento
y terminan en un cable de luz.

Hay un grito que arde como un sol
al interior de la garganta
sin poder salir.

Nadie observa las ruinas
Allí crecen un par de orquídeas

De: *La memoria ausente*

Cocuyo sin nombre

*A los innombrables, a los desaparecidos,
a los fantasmas del ayer.*

Un cocuyo entra por la grieta, visita la cama, las alpargatas y el armario. Las paredes de bahareque temen contar la historia. Una ruana desmembrada, al fondo, ya no viste con cuerpos y añora algo de calor. El cocuyo vuela por la alcoba, su luz revela los vestigios de un abrazo, su oscuridad la sombra de un fusil.

Tiembla.

El cocuyo sale por la ventana y tu nombre, ausente, cada día pierde una vocal.

Eran tan solo las cinco menos cuarto, cuando se detuvieron las manecillas, se escucharon dos ladridos metálicos y se desvaneció tu voz.

De: Ritual de vuelo

El vuelo del brujo

Un pájaro pasa por el cielo; hay un complejo de sensaciones

¿Qué deviene cuando muere el que lo experimenta?

¿O cuando hace otra cosa? ¿Qué deviene?

Gilles Deleuze

Un rayo irrumpe en una calle de París, en lo alto de una austera fachada. Un rayo que no es descarga sino pensamiento que fluye en el interior de un longevo rizoma. Es un frenesí, afecto por el cemento y la tierra, por el animal que desciende de los cielos y escribe, con su cuerpo, una carta de amor.

La decisión está tomada, ha optado por la libertad. El brujo mueve sus manos y convoca las fuerzas del viento, conoce su verdadero nombre, lo dice con su voz rasgada; no para dominarlo sino para que lo acompañe en su hora final. El abismo tiene para él una atractiva melodía, el soplo de Mahler, la sinfonía inconclusa; la escucha parado en la cornisa, como quien descifra las últimas líneas de un libro escrito por viejos alquimistas.

La brisa relame su cuello y le recuerda que sólo se necesita un paso para el auténtico devenir.

Una mujer rechaza con un gesto ciego un beso en los Elíseos. Un turista reclama por lo malo del café en una esquina de la rue de Bassand. Una pareja de estorninos copulan en el Jardín de Tulerías. Una niña se emociona con el olor

del baguette recién horneado. Un psicoanalista deprimido
fuma un cigarro que nunca se termina. Un mimo con un
traje a rayas cae y lamenta su incapacidad de volar.

Y tú das el paso, lo das.

Es la última reafirmación.

De: Ritual de vuelo

La caricia de Céfire

Me gusta, a veces, jugar un poco, tocar lentamente los bordes y las texturas de los objetos. Quizás busco encontrar un poco de sentido que se derrame por alguna pequeña grieta o liberar de una prisión de palabras a un pájaro cautivo. Pero en el fondo sospecho, irremediablemente, no podré nunca hacerlo. Mis manos son tal vez demasiado cortas. Es, pienso, desear el poder del viento que alcanza con sus manos múltiples todas las cosas: las montañas, el bosque, el vidrio, la lluvia...

y el contorno de tu cuerpo.

Dicen que se ha visto una bandada de azulejos emerger por tu ventana.

De: *Ritual de vuelo*

Apocalipsis en el valle

*y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es
sacudida por un fuerte viento*

San Juan

Dicen que un día

lloverán alas de colores

y picos de tucanes

Asesinados por un arcángel

de alas de metano

nacido de las chimeneas

que se fuma la ciudad.

Las montañas se alzarán

invadidas por casitas de ladrillo y aluminio

que crecerán como arbustos grises en el páramo

y formarán los barrotes de una prisión.

No hay escapatoria

ya viene la lluvia cetrina

y el sol desaparecerá bajo los entresijos

de una nube sin ventanas

para no volver.

El último hombre que caerá
Será de la estirpe que alimentó la masacre
que acalló el canto del viento
y se olvidó del acto gozoso de respirar.

Se derrumbará sobre el asfalto
escribirá un último poema con sus dedos
pero ya no habrán ojos, ni oídos
solo la lápida de un azulejo
la balada triste de la montaña
que poco a poco se queda sin luz.

De: *Ritual de vuelo*

La palabra

Solo existe una palabra:
la palabra
vale más que el mayor de los imperios
o cualquiera de los 72 nombres
que según la cábala
tiene el demiurgo creador

La sabemos
permanece incólume
custodiada en ese templo de la vida
llamado cuerpo
guardada en un espejo
en los abismos de la voz

La palabra que se pronuncia
cuando el corazón
reloj defectuoso
deja caer sus manecillas
por los andenes de las sabanas

La palabra que se pronuncia
tras el abrazo de araña
y el beso que en un baile inquieto
recorre el rostro y el ombligo
para terminar en el pubis de un ángel
de alas de jabón

La palabra que se pronuncia
tras el florecer del loto blanco
Que se introduce en tus cavernas
Y deja allí intactas
dos lunas, tres gemidos
y el aleteo de un colibrí

La palabra que se pronuncia
tras aquella muerte inacabada
dos cuerpos en un ataúd acolchonado
entrelazados
rodeados por los vestigios
de una explosión.

De: Ritual de vuelo

Elegía del ángel glauco

*Pero el dios hombre que orinaba sangre para reanimar los huesos en el infierno,
silbó en los aires barrenderos,
para retrotraer la lluvia a los caminos del viento.*

José Lezama Lima

A Chapeco

Un ángel glauco cae
y rasga las mejillas del cielo
Duerme, con latidos intermitentes
inmerso en un sueño apacible
sin consciencia del abismo

En su mente aparece la copa
en su cola la tierra
que dejaron atrás
En sus alas aparece la tormenta
en sus pies las montañas
abiertas en un abrazo asesino
y un recital de voces agrietadas

Se dice que Ícaro
no volvió a jugar con la pelota
nunca más
sus alas se tornaron negras
ante lo que calló el viento
elegía escrita con lodo y lluvia
que nadie se atreve a recitar.

De: *Ritual de vuelo*

Los cadáveres del viento

*Cavamos una fosa en el aire,
no se yace allí estrecho.*

Paul Celan

Se han acabado las palabras
el silencio es el portavoz
de una nube hinchada
de osarios y lamentos.

Es la lluvia
que fluye por los pómulos de las nubes
bajo la clandestinidad
de las corrientes de aire
y el caminar furtivo del viento

Las fosas están abiertas
enormes criptas de carbono
custodiadas por epitafios alados

Los mausoleos viajan lejos
como mariposas inertes
La brisa riega las cenizas
sobre el campo
y la muerte renace
como un ciprés álgido
en una pradera incierta

El olvido no es una posibilidad
la memoria tampoco
los cuerpos marchitos de Bacon
impregnan el espíritu
de una sociedad de hormigas
donde la poesía ha muerto.

De: Ritual de vuelo

El espectador de lo inefable

Mi abuelo es el páramo y mi abuela la fría brisa que sale de los entresijos de la montaña, me han bendecido con su aliento fecundo mientras me bañaba en un riachuelo en Santa Elena. Me han acariciado y cantado una nana mientras me dormía en la copa de un pino ciprés.

Quiero pensar por un instante que es posible esbozar un rostro con las piedras cercanas. Que es posible pensar en un lienzo que, mirado desde la bóveda celeste, sea digno de un museo de criaturas astrales. Allí, regocijados, con un sexto dedo apoyado en el mentón, se burlan de los colores extintos de las metrópolis y de la insignificancia de nuestros rezos.

Aún así la brisa sigue soplando y toca sus pómulos.

Aún así la brisa sigue... y trae un canto ancestral que evoca un paraíso perdido.

De: Ritual de vuelo

Trayectos nebulares

Hoy he decidido arrancar las cortinas que esconden el universo. Su vista turbia, sus pliegues danzantes, ya no pueden afectarme. Salgo y me paro sobre la cornisa y salto por encima de los microabismos de runas y de cemento. He visto la sombra de un pelícano que cruza la ciudad en ruinas, aquella bifurcación nebular, un cielo sin brazos. He deseado, mientras cruzaba mis dedos y mi tacto diluía una barrera sin nombre, provocar ligeros cataclismos. He buscado un poco de un “yo” difuso perdido en el eco proveniente de un espejo roto.

Soy un caballito que cabalga las corrientes del cosmos y se agita con la danza de los nenúfares que se ve desde el telescopio del balcón de un niño. Soy el equino que desciende, como un cometa, cuando percibe la estela que deja con sus pasos, una mujer de ojos de ocelote; mujer que es una y doscientos setenta y siete y se balancea en una hamaca que cuelga de los pilares del templo. Quizás, con un poco de suerte, logre descifrar la escritura cuneiforme de su abrazo. Entender por qué no cae cuando yo torpe choco los cimientos de su cuerpo, polvo volcánico que simula ser piel y forja una escultura de carne.

De: Ritual de vuelo

El redentor de escarcha

Todo poeta arrastra tras de sí en la penumbra un carro de escarcha. Es el emisario del silencio, el ángel que aparece en el instante preciso, el toro con cabeza de hombre, el redentor de su alma sensible y torturada.

Pronto caerá la ciudad, su muralla de cabello, piel y palabras. No hay voz, súplica o defensa que valga ante el ariete del olvido, ante su golpe que aniquila el fuego inmanente, la vitalidad, nuestra admirable insignificancia.

¿Qué rostro tienes redentor mío?

De: Ritual de vuelo

ÍNDICE

El mago · 7 ·
Debo ir · 8 ·
Los ladrones de moras · 9 ·
La marca · 10 ·
Un sol en la garganta · 11 ·
La Habana · 12 ·
La caja · 14 ·
La luz imposible · 16 ·
La memoria ausente · 17 ·
Medellín · 19 ·
Cocuyo sin nombre · 20 ·
El vuelo del brujo · 21 ·
La caricia de Céfiro · 23 ·
Apocalipsis en el valle · 24 ·
La palabra · 26 ·
Elegía del ángel glauco · 28 ·
Los cadáveres del viento · 29 ·
El espectador de lo inefable · 31 ·
Trayectos nebulares · 32 ·
El redentor de escarcha · 33 ·



*

Daniel Acevedo nació en Medellín en 1986. Es poeta, gestor cultural e historiador, aspirante a magister en estudios literarios de la Universidad de Buenos Aires y tallerista de escritura creativa en El Retiro, Antioquia. Ha participado en diversos eventos dentro y fuera de Colombia, dentro de los que se destacan el XXVII Festival Internacional de poesía de Medellín, El 6 Festival Caravana de Poesía en

Perú, el Festival Internacional de Poesía de La Habana y 16° Encuentro Poetas y Narradores de las Dos Orillas, Uruguay, donde obtuvo el reconocimiento “Arturo Cuadrado” a mejor poeta joven. Fue ganador de los estímulos de la Gobernación de Antioquia a creación de libro de poesía en 2017, con su poemario *Ritual de vuelo*. El poemario versa sobre la importancia del aire y su relación con el entorno urbano y los cuerpos que lo habitan. Fue ganador del XVII Premio Nacional de Poesía Eduardo Carranza Fernández. También fue mención de honor, segundo puesto, en el VI Concurso Nacional de Cuento de EPM. Algunos de sus poemas han sido publicados en diferentes medios y antologías impresas y digitales de Colombia, México, Argentina y en una antología de poesía en Francia. Es uno de los coordinadores del colectivo poético Nuevas Voces.



Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña

Colección Yarumo



NUEVAS VOCES



EDITORES



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA

